

NATURA

REVISTA QUINCENAL
DE
CIENCIA, SOCIOLOGÍA
LITERATURA Y ARTE

DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Floridablanca, 126, 1.º, 2.º—Horas de oficina: de 1 á 2 y de 8 á 9

La Rusia revolucionaria

Mientras la «gran prensa» y las revistas ilustradas afectan á los intereses de la burguesía se entretienen contando al pueblo las peripecias sangrientas de las batallas que, estúpida y antisocialmente desencadenan los gobiernos para asegurar su dominio político y servir los intereses de la clase á que pertenecen, nosotros, que no creemos que las guerras de nación á nación ni las que tienen por objeto la colonización puedan ser un factor socialmente útil para el progreso material y perfección moral de la raza humana, trasladaremos á las columnas de NATURA algunos significativos documentos que sean reflejo de la lucha que aquel lejano pueblo, con el cual nos solidarizamos, sostiene contra el despotismo de sus endiosados gobernantes, dejando que el lector haga los comentarios que le sugiera esta gigante lucha por una libertad tenazmente ansiada por aquellos esclavos compañeros.

La guerra ruso-japonesa

SEÑOR: (1)

¿Quiere V. saber si es ó no verdad la información publicada por varios periódicos, según la cual yo habría recomendado á mis amigos de Rusia se abstuvieran de provocar ninguna insurrección contra el gobierno ruso durante la guerra?

Yo no he dado ningún consejo de este género, porque los que allí viven sobre el terreno sabrán guiarse perfectamente por sí solos en sus acciones según el estado de los espíritus. Pero lo que sostengo—á pesar y contra una opinión muy

extendida en Occidente—es que esta guerra es un calamidad que causará ciertamente un retardo en el desarrollo del movimiento revolucionario ruso; que costará inmensos sufrimientos al pueblo ruso y desviará su atención de los grandes problemas internos.

Preveo, en efecto, y con profunda tristeza, que la agitación revolucionaria, que comenzaba á tomar un arraigo grandioso en el seno del pueblo ruso, entre los campesinos y los obreros industriales, está á punto de menguar, acaso detenida por mucho tiempo, á causa de la actual guerra.

En lugar de las grandes cuestiones—funditaria é industrial, descentralización, etc.—que tanto hacían que la situación general rusa se asemejara á la de Francia en vísperas del 1789 y prometían

(1) Esta carta fué escrita á un redactor del *Soir*, de Bruselas, que había pedido á Kropotkin su parecer sobre la guerra que actualmente se desarrolla en el extremo Oriente.

que la caída del absolutismo — por lo demás muy próxima — vendría seguida de un cambio profundo, revolucionario, de las condiciones económicas, en lugar de todo esto la agitación quedará reducida entorno de nimiedades... Se querrá saber si la guerra ha sido conducida con más ó menos habilidad, si tal general ó el ministro cual merecen ó no la confianza, etc. Y si sobreviene un gran desastre — otro Plewna entre muchos actos de heroísmo por parte de los soldados — el patriotismo, el *chauvinisme*, dominarán la situación y atarán corto la agitación puramente política.

Toda guerra es un mal, tanto si concluye con una victoria como con una derrota; un mal para los combatientes y un mal para los neutros. No creo en las guerras «benéficas.» No es la derrota de Crimea lo que dió á Rusia la abolición de la servidumbre y las reformas, como no fueron las derrotas las que produjeron la abolición de la esclavitud en los Estados Unidos, la independencia en Italia y el movimiento radical racionalista del pensamiento en 1858-1864 en la Europa entera. La Rusia actual avanzará por sí misma sin esperar su libertad del exterior.

Respeto de las demás cuestiones interesantes que V. me somete, acaso encuentre una respuesta en las siguientes reflexiones:

Es una desgracia para el pueblo ruso que en su expansión hacia el Oriente no haya encontrado una nación civilizada que estuviere ya en posesión del litoral manchuriano del Oceano Pacifico. Es una desgracia que haya podido conquistar los desiertos del Amor y construir un ferrocarril á través de los de la Manchuria. Este país nunca será ruso. El colono chino ya lo ha invadido. Y si los Estados Unidos, por ejemplo, quisiera mañana tomar posesión de él, hasta los rusos ganarían en ello.

¿Pero significa esto que es preferible

ver que un Estado tan belicoso y lleno de sueños imperialistas como el Japón se establezca en la Mandchuria? No lo creo. No es seguramente en interés de la civilización europea que Inglaterra unió á su poderío marítimo el de una nación continental instalándose, antaño en la Bretaña ó en los Países Bajos. Por lo demás, hasta el Japón perdería en ello lo que de atrayente tiene su civilización. Fruto de siglos de paz, esta civilización desaparecerá debajo del uniforme á la europea al son de una mala traducción del *Good Save The King*.

No he leído el artículo de Hyndman (1) de que me habla V.; pero he leído algunos en la prensa inglesa inspirados por igual «patrioterismo pro-japonés.» Por mi parte, si no me inspiran ninguna simpatía los sueños de conquista de los capitalistas rusos, tampoco tengo la menor simpatía por los de los capitalistas y feudales del modernizado Japón, porque no es verdad que sea para abrir nuevos territorios á un excedente de población que las clases directoras japonesas quieren conquistar la Corea, la Mandchuria y... Pekín; más bien es para colocar sus productos obtenidos mediante una odiosa explotación de las mujeres y de los niños, en el seno de una población agrícola empobrecida (léase á Rathcan), en una palabra, para enriquecerse... á la europea.

Los Cecil Rhodes y los Whitaker-Wright, amarillos ó blancos, son para mí igualmente detestables. Prefiero ser solidario con el joven partido socialista japonés, el cual, aunque poco numeroso, ha manifestado ya el íntimo pensamiento del *pueblo* en medio del cual vive (en los raros momentos en que puede hacerlo) pronunciándose *contra* la guerra en su valiente proclama y en su carta que ha publicado el *Daily News*.

Temo y preveo, además, con profunda ansiedad, que el conflicto que ha estallado

(1) Hyndman es el jefe intelectual de los socialistas marxistas ingleses.

en el extremo Oriente sea el preludio de otro conflicto infinitamente más serio, preparado desde largo tiempo, que se iniciará en los Dardanelos, y, acaso también, en el Mar Negro, amenaza de nuevo periodos de guerra y de militarismo para toda Europa.

En una palabra, veo en la guerra que ha estallado una calamidad, un peligro para el conjunto del movimiento progresista en Europa. ¿Cómo podría beneficiar al triunfo del progreso los instintos más malos del capitalismo moderno?

Soy de V. atento,

PEDRO KROPOTKIN.

Bromley, 18 Febrero 1904.

El amor del pueblo ruso por su tzar

En estos momentos en que toda la prensa francesa se arrodilla á los pies del autócrata ruso (1) cantando sus virtudes y las de sus antepasados (2), acaso sea interesante revelar algunos de los hechos que se han producido en Rusia durante estos diez últimos años. Con esto se podrá convencer el pueblo francés, digan lo que quieran éstos sus improvisados lacayos, que el pueblo ruso no es de los que puedan estar contentos de su suerte.

La historia de Rusia es una larga su-

(1) El autor se refiere á la época de la alianza franco-rusa.

(2) Ivan el terrible (1533) fué al principio un buen rey, pero de golpe convirtiéndose en un déspota terrible haciendo perecer á sus ministros entre atroces refinamientos de barbarie.

Boris Godunoff, que subió al trono en 1598, murió envenenado. Su hermano Fedor, de 16 años, fué estrangulado por orden del príncipe Galitzin que sostenía á un pretendido hijo de Ivan el Terrible, el cual logró reinar con el nombre de Dmitri V. Rusia pasó por una faz de horrible transición: dos emperadores reinaban á la vez.

Entonces fué cuando un carnicero llamado Sukhorki hizo proclamar tzar al hijo del metropolitano Philarete Miguel *Romanov*, origen de la dinastía que aun da príncipes al imperio, con el nombre de Miguel III.—*Histoire de la Russie*, por Armengau.

cesión de rebeliones contra la autocracia que la oprime.

Remontemos tan sólo diez años atrás.

El 26 de Junio de 1877, una joven llamada Vera Zassulitch disparó su revolver á quemarropa sobre el general Treppoff, jefe de la 3.^a sección, donde se concentran todos los poderes policíacos.

Al año siguiente el jurado ante el cual compareció, la absolvió. La policía quiso arrestarla, pero sus amigos pudieron ocultarla y hacerla salir de Rusia.

En Agosto de 1878, un nihilista que ha quedado desconocido dió de puñaladas al general Metzenzoff, jefe de policía.

El año 1879 fué fértil en atentados. El 21 de Febrero fué muerto de un pistoletazo el general Kropotkin, ayudante de campo del tzar, por un individuo que pudo escapar. Algunos días más tarde fué hallado estrangulado en su cama el coronel Krupp, jefe de la policía de Odessa; un billete pegado á su camisa con un alfiler indicó que el autor era un anarquista.

En 14 de Abril, Juan Solovieff disparó cuatro tiros al tzar Alejandro II. El autor fué ahorcado en 28 de Mayo siguiente.

El día 30 de Noviembre tuvo lugar el atentado de Hartmann contra Alejandro II. La vía férrea estaba minada esperando el paso del tren imperial procedente de Livadia. A causa de un retardo imprevisto fué el tren que seguía el que voló.

En 17 de Febrero de 1880, Khaltchurine hizo volar el palacio de invierno de San Petersburgo. Se hundió el comedor de la familia imperial, quedando sepultados algunos cortesanos y lacayos. El autócrata se libró gracias á haber retardado aquel día la hora de su comida.

En 4 de Marzo siguiente Mlodetzki hirió de un pistoletazo al general Loris Melikoff, jefe de la policía rusa.

El 13 de Marzo de 1881 los nihilistas rusos hicieron volar al tzar Alejandro II.

Uno de ellos, Elnikoff, quedó muerto por la explosión de la bomba que hirió mortalmente al emperador. Fueron arrestados y ahorcados Kyssakoff, Jelaboff, Michailoff, Scheliaboff y Sofía Perowskaia. La compañera de ésta, Jessa Helfmann, embarazada cuando el proceso, fué indultada de la pena de muerte, pero más tarde se la halló envenenada en la fortaleza de San Pedro y San Pablo.

En Diciembre del mismo año los nihilistas Melnihoff y Sankowski atacaron á tiros al jefe de policía general Tchevun.

Según los datos suministrados por el almanaque de *Narodnaia Volia* (1883) hubo, entre el mes de Abril de 1879, época en que Rusia fué sometida al régimen de la ley marcial, hasta la muerte de Alejandro II (Marzo 1881), 40 procesos políticos comprendiendo 245 acusados, de los cuales quedaron absueltos 28 y 24 condenados á penas leves.

Según documentos verídicos fueron desterrados á las estepas de la Siberia oriental, durante este tiempo, cerca de 2,873 personas, cifra muy por debajo de la realidad, pues que los documentos oficiales acusan 1,767 personas únicamente por las provincias de Odessa, Kieff y Kharkoff.

El 10 de Febrero de 1885, el nihilista Mysekin fué ahorcado en la prisión de Schlussemburg.

En 28 de Enero de 1886 el emperador dió orden de ahorcar á cuatro nihilistas.

En Enero de 1887 se rebelaron los campesinos rusos, excitados por los revolucionarios, principalmente en el distrito de Smolensk. Más de 10,000 fueron deportados á la Siberia.

El 27 de Abril siguiente, proceso y condena á muerte de los nihilistas que conspiraron contra el tzar: Generaloff, Andreyckine, Assipanoff, Chovyreff y Ulionoff, fueron ahorcados al mes siguiente.

El 2 de Abril 1889, el gobernador de

Yakutsk (Siberia) hizo asesinar una cuarentena de desterrados políticos, hombres y mujeres, que habian protestado contra la innovación de reglamentos bárbaros.

El 6 de Noviembre del mismo año, la nihilista rusa Nadine Shida que se había rebelado contra el salvajismo del director, recibió, por orden expresa de Alejandro III, el precursor de la alianza franco-rusa, cien latigazos que le ocasionaron la muerte.

El 12 de Julio de 1890 los magistrados republicanos condenaron á 3 años de cárcel y 200 francos de multa á varios nihilistas rusos detenidos en París.

Y para terminar recordaremos el atentado Padlewski. El 18 de Noviembre de 1890, el general Seliwerstoff, antiguo jefe de la policía rusa, que en algunos meses hizo deportar á más de veinte mil personas, vino á Francia con una misión del emperador, aposentándose en el hotel Bade el 3 de Noviembre. El día 18, al mediodía, su criado le advirtió que un hombre quería hablarle. ¿Qué quiere?—interrogó el policía.—Es, respondió el criado, un empleado de Mr. Bernoff, el dueño del salón franco-ruso de la calle Royal. El general, oliendo acaso una orgía en perspectiva, hizo entrar. ¿Qué pasó después? Un tiro de revólver dió cuenta del jefe de policía. Padlewsky pudo atravesar la frontera.

Después de esta época nos ha sido difícil procurarnos más datos. En Rusia la justicia se ha simplificado. Ya no se condena á muerte á tanta gente. Basta una sospecha, una denuncia anónima, y la Siberia traga individuo tras individuo sin más formalidades judiciales.

P. D.

De Les Temps Nouveaux, París.

Un documento á propósito

Como prueba irrefutable de las aspiraciones actuales del partido socialista revolucionario ruso, citaré el importante

documento publicado por el Comité ejecutivo, el 10 (23) Marzo de 1881, es decir, diez días después de la muerte del tzar Alejandro II.

Solamente lo reprodujo un corto número de periódicos y casi está ahora olvidado.

El lector verá cuan moderadas son las condiciones que propusieron al gobierno estos hombres llamados sanguinarios, no para cesar en su lucha,—hubiera sido esto una hipocresía, pues que ningún partido demócrata, por moderado que sea, puede ver en la libertad política una panacea universal contra los males de la clase obrera,—sino para abandonar en absoluto *todos los medios violentos y sanguinarios* á que vióse obligado á recurrir el partido por haberle prohibido el gobierno el uso de las vías pacíficas que hubieran podido facilitar algo más la emancipación de la clase de hombres más numerosa é infortunada.

El Comité ejecutivo á Alejandro III, emperador.

«Majestad;

»El Comité ejecutivo se da perfecta cuenta de la postración de alma en que os halláis en estos momentos, pero no cree de su deber diferir por un sentimiento de delicadeza las siguientes declaraciones. Hay algo más elevado que estos mismos sentimientos justos de un hombre y este algo es el deber para con la patria por la cual todo ciudadano debe sacrificar sus propios sentimientos y los de los demás. Impulsados por este imprescriptible deber nos dirigimos á Vos atentos tan sólo al proceso histórico que amenaza comprometer y ensangrentar el porvenir.

»La sangrienta tragedia que acaba de desarrollarse en los bordes del canal Catalina no es un golpe del azar y no debe sorprender á nadie. Este desenlace aparece como inevitable á cualquiera que haya seguido atentamente el desarrollo de los sucesos que lo han ido

preparando desde hace diez años; pero es un desenlace que tiene una profunda significación que debe de ser bien comprendida por aquel que el destino ha colocado á la cabeza de un Estado.

»Caracterizar semejantes sucesos con el nombre de delito de unos pocos ó decir que es el golpe de una «banda», sería el juicio de un hombre incapaz de comprender la vida íntima de los pueblos. En el espacio de diez años hemos visto que el movimiento revolucionario, agobiado por las persecuciones más violentas, perseguido por el gobierno del difunto tzar, diezmado por todas las medidas exterminadoras, no ha hecho más que agrandarse y crecer. La flor de las fuerzas, los Rusos más enérgicos, los más prontos al sacrificio, han sido sus heraldos. Y he aquí que hace ya tres años que dura la lucha desesperada, la guerra entre él y el gobierno.

»Vuestra Majestad convendrá con nosotros en que no se puede acusar al gobierno del difunto emperador de falta de energía.

»Inocentes y culpables han sido ahorcados; las cárceles y las provincias más lejanas rebosan de condenados. Una docena de los llamados jefes nuestros han subido también al cadalso.

»Han muerto tranquilamente, con la serenidad de los mártires. Pero no por esto el movimiento revolucionario ha decrecido, al contrario, todos los días se vé como aumenta en fuerza. Un movimiento revolucionario, Magestad, no es la obra de unos pocos hombres. Es el proceso de un organismo social, y los patíbulos levantados para los combatientes más enérgicos son tan impotentes como le fué la cruz del Nazareno para salvar al podrido paganismo del radioso triunfo del cristianismo reformador.

»El gobierno puede, si así le place, continuar encarcelando y ahorcando, ahogando todos los grupos revolucionarios.

»Queremos admitir con Vos por un instante que logrará destruir la organización esencial de la revolución. Pero esto no cambiará nada el estado de cosas.

»Los revolucionarios han surgido de los sucesos, del descontento del pueblo entero, de la tendencia de Rusia hacia una nueva forma social.

»No se aniquila á todo un pueblo y menos aún se disminuye el descontento de todo un pueblo empleando medidas de rigor. Con esto no se hace sino agrandar el rencor, la energía y los esfuerzos. Gracias á provechosas experiencias los últimamente venidos se organizarán mejor que los primeros combatientes. Créalo, Majestad, la organización revolucionaria crecerá y se depurará con el tiempo.

»¿Qué provecho ha sacado el gobierno de la destrucción de tantos grupos, los Dolguchinzi, los Tchaikovsi, los propagandistas de 1874?

»Su puesto lo ocupan ya nuevos luchadores.

»Después de 1878-79, los rigores del gobierno han dado nacimiento al terrorismo. Inútilmente el gobierno ha matado á los Kovalsky, á los Dubrovin, á los Ossinsky y á los Lisogub. Inútilmente ha destruido y ahorcado docenas de grupos revolucionarios. De esta organización incompleta, nos hemos elevado, por una especie de «selección natural», á grupos mejor constituidos y más fuertes, hasta que, por último, ha surgido el *Comité ejecutivo* contra el cual aun hoy el gobierno constituido lucha sin resultado.

»Si se hecha un vistazo imparcial sobre la triste década que acaba de transcurrir, se podrá fácilmente prever el porvenir del movimiento revolucionario en el caso de que el gobierno no cambie de política.

»Crecerá, se desarrollará. Los actos de terrorismo serán más espantosos. La organización revolucionaria logrará ha-

cerse más perfecta, más fuerte. De otra parte, el descontento público adicionará todos los días nuevas quejas, la fe del pueblo en el gobierno irá disminuyendo. La idea de la revolución, posible, inevitable, tomará una extensión cada día más considerable.

»Una terrible y sangrienta revolución, una sacudida espasmódica de toda la Rusia completará la destrucción del antiguo orden de cosas.

»Majestad; es una triste y espantosa sacudida. Sí, triste y espantosa. No creáis que sea esto pura declamación. Somos los primeros en sufrir y lamentar la pérdida de tantos talentos, de tantas energías empleadas en una obra de destrucción y de actos sangrientos, cuando bajo el imperio de otras circunstancias estos mismos esfuerzos hubieran podido engendrar trabajos fecundos, desarrollar el espíritu popular, servir á los ciudadanos.

»¿Pero de dónde viene la necesidad de esta lucha sangrienta?

»¿De dónde viene, Majestad? Arranca de qué un gobierno de justicia, un gobierno en el verdadero sentido de la palabra, no existe en nuestra nación. Un gobierno, si es conforme al principio mismo de su existencia, debe ser la expresión de las aspiraciones del pueblo, efectuar no más que la voluntad del pueblo (1). Ahora bien, en nuestra nación—y perdonenos la franqueza—el gobierno es simplemente una *camarilla* á la que se tiene el derecho de poder llamarla «banda de usurpadores».

»Sean cuales fueren las intenciones del emperador, los actos del gobierno no tienen nada de común con las aspiraciones y el bien del pueblo.

»El gobierno imperial ha arrebatado ya al pueblo la libertad individual y lo

(1) En el verdadero sentido de la palabra, un gobierno lo es de injusticia; el mismo principio de la existencia de todo gobierno es el derecho del más fuerte.—N. DE LA R.

ha convertido en un esclavo de la nobleza (1). Actualmente ha creado la execrable clase de los especuladores y de los usureros. Todas las reformas no han hecho más que agravar la miseria del pueblo. El gobierno ruso ha reducido las masas populares á una pobreza y á una miseria tales que ya no son libres ni siquiera en lo que concierne á sus municipios y sus hogares no están al abrigo de las más denigrantes inspecciones.

»Únicamente los opresores benefician de la protección del gobierno y de las leyes. Sus vergonzosas concusiones quedan impunes.

»¡Cuán espantosa es, al contrario, la suerte de un hombre justo que trabaja por el bien común! Vos mismo, Majestad, no lo ignoráis. No son únicamente los socialistas á quienes se persigue y se destierra.

»¿Qué nombre hemos de dar, pues, á este gobierno y al que conserva esta especie de «orden»? ¿No es en realidad una cuadrilla de usurpadores?

»He aquí los motivos porque en Rusia el gobierno no tiene ninguna influencia moral sobre el pueblo; he aquí porque Rusia produce tantos revolucionarios; he aquí porque un acto como la muerte del tzar ha despertado tanto gozo en la nación. No escuchéis á los aduladores, Majestad.

»El regicidio es popular en Rusia.

»No quedan más que dos medios para salir de semejante situación: por una revolución, que no evitaréis ni detendréis multiplicando las penas de muerte, ó por un espontáneo llamamiento al pueblo á ocupar el poder supremo, al gobierno de la nación.

»En interés de la patria, para evitar una pérdida inútil de talentos y de energías, para conjurar estos terribles azotes de que se acompaña toda revolución, el

Comité ejecutivo se dirige á Vos, Majestad, y os aconseja escoger el segundo de estos medios.

»Estad de ello seguro. El mismo día en que el poder supremo cese de ser arbitrario, el día en que parezcáis firmemente decidido á ejecutar todo lo que os prescriban la voluntad y la conciencia del pueblo, podréis desembarazar de espías las calles, abandonar vuestras escoltas en sus cuarteles y derribar vuestros cadalsos que desmoralizan el pueblo.

»Entonces el Comité ejecutivo suspenderá espontáneamente su actividad y los esfuerzos de la organización se aplicarán á un trabajo fecundo de civilización, de cultura y de bienestar del pueblo.

»Una lucha pacífica de ideas sustituirá las violencias que nos son más antipáticas que á vuestros mismos servidores, violencias á las cuales nos redujo la necesidad.

»Nos dirigimos á Vos, Majestad, con el completo olvido de todas las injurias, de todas las desconfianzas que el pasado podría sugerirnos. No nos acordamos sino de que sois el representante del poder que ha engañado al pueblo y que tanto mal le hizo. Nos dirigimos á Vos, como á un ciudadano y á un hombre honrado.

»Esperamos que el resentimiento personal no matará en Vos el sentimiento del deber y el deseo de escuchar la verdad.

»También nosotros tendríamos el derecho de tener resentimientos Vos habéis perdido á vuestro padre. Nosotros hemos perdido no tan sólo nuestros padres, sino nuestros hermanos, nuestras mujeres, nuestros hijos y nuestros mejores amigos; y, sin embargo, estamos prontos á imponer silencio á todo resentimiento personal si el bien de Rusia así lo exige. No esperamos menos de Vos.

»No dictamos condiciones. No os ofendáis de nuestras proposiciones. Las con-

(1) Alusión al decreto de los tzares Boris y Alexis (XVI—XVII) que el tzar Alejandro II abolió *en parte*.

diciones necesarias para que el movimiento revolucionario se cambie en una renovación pacífica, no han sido creadas por nosotros, sino por la historia. No hacemos más que recordáros las.

»Estas condiciones, según nosotros, tienen dos principales objetos:

»1.º Amnistía general de todas las condenas políticas anteriores. Han herido á hombres que no habían cometido ningún delito, pero que habían cumplido su deber de ciudadanos;

»2.º Convocación de los representantes de todo el pueblo para el examen de las mejores formas de vida social y política, de conformidad con las necesidades y los deseos del pueblo.

«Creemos sin embargo necesario hacer observar que una legislación del poder por la representación popular no tendrá valor alguno mientras no se respete escrupulosamente la libertad de las elecciones. Para ello las elecciones deben efectuarse en las siguientes condiciones:

»1.º Los diputados se escogerán en todas las clases y condiciones sociales sin distinción, proporcionalmente al número de habitantes;

»2.º Electores y diputados no sufrirán limitaciones de ningún género?

»3.º Las elecciones y las luchas electorales serán completamente libres. Para esto el gobierno acordará temporalmente hasta la convocación definitiva de los comicios populares:

a) Libertad completa de la prensa.

b) » » » palabra.

c) » » » reunión.

d) » » » de programas electorales.

»Es el único medio para que Rusia entre en un camino pacífico que regule su desarrollo. Declaramos solemnemente ante la patria y ante el mundo entero que nuestro partido se someterá sin condiciones á la asamblea nacional reunida en el respeto de las formas anteriormen-

te indicadas y que no permitirá hacer oposición al gobierno que sancione esta asamblea nacional.

»Y ahora, Majestad, decidid. La elección depende de Vos. No nos queda más que desear que vuestro espíritu y vuestra conciencia os sugieran la única decisión que está de acuerdo con el bien de Rusia, con vuestra propia dignidad y con vuestros deberes para con la patria.

»EL COMITÉ EJECUTIVO»

10/23 Marzo 1881.

(Imprenta de la «Narodnaia Volia», 12/25 Marzo de 1881)

Tales son las proposiciones presentadas al gobierno por el partido revolucionario, proposiciones que fueron renovadas más tarde diversas veces, como lo prueba el último número de la *Narodnaia Volia* (Marzo 1882).

El gobierno respondió á ellas con nuevos encarcelamientos, nuevos destierros á millares á Siberia y nuevos rigores contra la prensa á la menor veleidad liberal que manifestaba (1).

(1) Y estos destierros, encarcelamientos y rigores no han cesado un momento y sería tarea larga enumerarlos. Para que el lector se convenza basta con que se fije en los siguientes extractos del *Europeen* de primeros de Marzo último, que dan la medida de la testarudez del gobierno del tzar y justifican la actitud rebelde del partido revolucionario ruso á quien se hubiera podido desarmar tan fácilmente:

«San Petersburgo.—La vigilancia é intervención de la censura son muy vigorosas, y la prensa no puede sino registrar y alabar los nombramientos anunciados de los altos nombramientos, de los comités de suscripción para la escuadra, la Cruz Roja, etc., sin poder evitar las faltas más graves.

»Entre los periódicos castigados, hay que añadir el diario *Westnik Suga* y los de Tiflis *Kviti* y *Djedjili* condenados á seis meses de suspensión. El *Correo* de Moscou no puede vender públicamente sus ediciones por habérselo prohibido la censura.

»El público inteligente se muestra escéptico respecto de la misión confiada á M. de Plehwe de enviar á una muerte segura á los prisioneros políticos que voluntariamente quieran ir á la guerra, ó indignado porque en estas circunstancias el Gobierno no es capaz de conceder una amnistía parcial.

»Todas las fracciones de los partidos revolucionarios consideran la actitud del Gobierno como favorable á ellos; millares de hojas sueltas son repartidas entre sus partidarios militantes: *Guerra á la guerra. ¿Por qué ha de morir el soldado ruso? ¿Por qué el Gobierno ruso ha ido á la guerra?* Estos son los títu-

El lector imparcial juzgará, pues, donde están los partidarios de la justicia, de la moderación y del orden y quienes son los verdaderos «perturbadores del reposo público.»

STEPNIAK

De *La Rusia subterránea*, notas, pág. 361-372.

El tratamiento de los prisioneros en Siberia

Los tratos inhumanos á que están sometidos los condenados políticos en la

los de las hojas, la mayor parte socialistas democratas.

»San Petersburgo.—Ha salido de esta ciudad una cuadrilla de espías, consignados á las grandes ciudades europeas en las cuales se han establecido los refugiados rusos y la juventud estudiosa rusa.

»El envío de espías ha sido acordado por la sospecha de que los partidos revolucionarios puedan aprovecharse del envío de fuerzas militares al Extremo Oriente para premover agitaciones populares en el interior del país.»

Más recientemente la *Publicidad*, de Barcelona publicó el siguiente telegrama.

»París 22, á las 8,45.—Un telegrama de San Petersburgo dice que ayer fué ejecutado el Dr. Guerchuni, conocido militante revolucionario.

»Una correspondencia fechada el 10 de marzo dice que se habla mucho del proceso de Guerchuni, Grigoriev, Katchur, Veitzenfeld y otros acusados de formar una asociación terrorista con objeto de asesinar á ministros y á elevados personajes de la corte imperial.

»Guerchuni, el protagonista del proceso se dió á conocer como un verdadero héroe y un profundo pensador.

»En el discurso que dirigió al tribunal, resumió con talento y claridad las causas determinantes del movimiento revolucionario en Rusia.

»Defendían á los procesados los abogados Karabchevski, Mandelstamm, Bobritchev-Pauchkin, Bernchtamm y otros.

»Los dos primeros se mostraron superiores á toda alabanza.

»En cambio, Bobritchev se portó de la manera más villana. Guerchuni pidió la palabra nuevamente para repudiar la indigna «defensa» y para expresar el asombro con que había oído á un «campeón de la verdad» arrastrar por el fango á hombres ya envueltos en el sudario.

»Guerchuni negó categóricamente que formara parte de la supuesta asociación terrorista, pero proclamó sin embajes sus ideas revolucionarias.

»El tribunal condenó á Guerchuni, á Grigoriev y á Melnikov.

»Asistía á la vista el gran duque Andrés Vladimirovitch.»

Una muestra característica de la justicia que guía á los tribunales rusos la da un reciente proceso en que «por carencia de pruebas» del formidable complot atribuido á unos cuantos infelices, «se les condenó á seis meses de prisión».

fortaleza de Petropavlovsk, están claramente denunciados por el estado de salud de los desgraciados cuando salen de la cárcel. En Abril de 1883, la sección imperial de policía dió orden al comandante de la fortaleza de escoger un gran número de condenados para ser deportados á las minas de la Siberia oriental. Después de haberlo consultado con el médico y el jefe del convoy, el comandante respondió á la orden de policía imperial informando que la mayor parte de los prisioneros políticos designados en la orden de partida estaban tan débiles que indudablemente no podrían soportar siquiera tres días de viaje; que más de la mitad no podían materialmente tenerse en pie sin algún apoyo, y que, en consecuencia, el oficial jefe del convoy se negaba á encargarse de estos enfermos á menos de que se le eximiera de todas las responsabilidades concernientes á las defunciones que pudieran sobrevenir durante el camino.

Visto este estado de cosas el comandante aconsejó que estos prisioneros fuesen transportados á la casa de detención preventiva donde hallarían condiciones más favorables para el restablecimiento de sus fuerzas. Únicamente de este modo podía ser practicable su deportación á la Siberia.

Deferiendo á este consejo el director de la policía ordenó el traslado de veintidos detenidos, entre ellos seis mujeres, á las celdas relativamente claras y oreadas del piso superior de la casa de detención. Seis de estos prisioneros estaban ya físicos en grado muy avanzado; doce estaban tan débiles que ni podían andar ni tenerse de pie. Hubo necesidad de conducirles en camillas y en coches.

Estos pobres residuos de ser humano recibieron durante tres meses cuidados médicos y fueron alimentados con reconstituyentes. Entonces, á escepción de Fridenson y de Emilianoff, fueron declarados convalescientes.

Orloff y la Sra. Lebecteva sufrían de escorbuto y los demás parecían la sombra de lo que habían sido antiguamente. De todos modos se les consideró oficialmente bastante vigorosos para poder emprender un viaje de más de ocho mil kilómetros.

«No olvidaré nunca—me dijo uno de los que formaban parte de este convoy—la última noche que pasamos en la casa de detención preventiva. Era la del 24 al 25 de Julio de 1883. Entre nosotros corría el rumor de que un gran número de condenados políticos partirían para la Siberia al día siguiente por la mañana, pero ninguno sabía cuales eran los designados. La curiosidad era grande. Hasta poco después de media noche no oí algún ruido inusitado. Entonces se abrió una celda vecina á la mía y adiviné el paso antes tan familiar de un camarada y amigo que durante mucho tiempo estaba encarcelado y á quien no había visto desde nuestra adolescencia, cuando juntos respirábamos el aire de la libertad y trabajábamos por la realización de nuestro ideal.

«Indudablemente se formaba el convoy de deportados á las minas y mi amigo era uno de los designados. Quince minutos después volví á oír sus pasos, pero no ya tan rápidos y seguros como antes, pues les acompañaba el ruido metálico de las cadenas que se entrechocaban. Sabía yo que esto era inevitable, pero el ruido de las cadenas que sujetaban los grilletes me dió escalofríos. Me parecía increíble y contranatural que el hombre que yo miraba como el tipo de lo más bueno, justo y valeroso que existe, pudiera ir cargado de cadenas como un bandido y en víspera de ser llevado á los trabajos forzados. Durante algún tiempo, presa de una agitación nerviosa invencible, dí vueltas y más vueltas por mi celda, y como todos los detenidos pasaban y repasaban por delante de ella acabé por no poder oír por más tiempo

este siniestro ruido y me metí en cama tapándome la cabeza con la manta y la almohada.

«A las tres de la madrugada vino un vigilante á abrir mi celda y me dió la orden de seguirle á la oficina. Una vez en ella el jefe del convoy me examinó minuciosamente, observó mi fisonomía y lo que podía haber de característico sobre una carta de identidad que tenía en la mano, comparó mi cara con la de una fotografía sacada poco después de mi detención y cuando estuvo seguro de su inspección me recibió formalmente de manos de las autoridades de la prisión. Entonces me hicieron bajar al cuerpo de guardia, una gran sala en la planta baja, á cuya puerta estaba de pie un centinela armado. Esta sala, espaciosa, pero oscura, estaba vagamente iluminada por algunas lámparas y bujías de llamas vacilantes. En el centro, alrededor de dos largas mesas, estaban sentados una quincena de detenidos, hombres y mujeres, vestidos de gris y bebiendo te. La cabeza de los hombres estaba rapada á medias. Todos iban con su correspondiente grillete. A sus espaldas, entre los dos hombros, estaban cosidos los dos rombos negros, signos distintivos de los trabajos forzados.

«Cerca de la puerta, formando grupo, ocho oficiales de policía vigilaban á los prisioneros con insistencia y se comunicaban á trechos en voz baja unos á otros sus observaciones. El silencio que reinaba en aquella sala sólo era interrumpido por el ligero silbido de dos ó tres teteras en que hervía el te y por el ruido intermitente de las cadenas cuando un prisionero se movía. Nadie hablaba. Un observador superficial hubiera creído que todos aquellos prisioneros vestidos de gris y sentados unos al lado de otros se veían por primera vez á juzgar por su silencio, cuando, en realidad, todos se conocían, eran amigos íntimos, algunos hasta parientes.

«Cuando yo entré en la sala, uno de los prisioneros que yo no conocí al principio, corrió á mi encuentro y echándome los brazos al cuello mascullo á mi oreja: «No reconozcas á nadie, fuera de mí... los vigilantes nos observan.» Comprendí el aviso. En realidad, la policía sabía pocas cosas sobre la historia y sobre las circunstancias particulares de algunos de los prisioneros presentes. Importaba, por consiguiente, no facilitarle las investigaciones ocultando las relaciones que podían existir entre los detenidos. Si dos de ellos hubiesen cometido la imprudencia de no disimular su emoción reconociéndose, hubieran vuelto á sus celdas donde habrían permanecido hasta la terminación del nuevo proceso que les habrían incoado para averiguar la clase de relaciones que les unía. Estas gentes silenciosas, en apariencia extrañas unas á otras, estaban en realidad unidas por estrechos lazos de amistad y por los recuerdos del pasado. Cuando se contemplaban y veían los cambios causados por el tiempo y los sufrimientos en sus fisonomías adelgazadas, á duras penas podían reprimir sus emociones. A un lado de la mesa estaba sentado un viejo camarada del que no habíamos oído hablar hacía años y al que todos creíamos muerto. Al otro lado un joven y su novia se guardaban bien de hablarse á pesar de que hacía cinco años que no se habían visto. Cerca de ellos estaba sentada una mujer pálida y delgada llevando en brazos un encanijado bebé nacido en la cárcel. Esta pobre mujer miraba ansiosamente á la puerta con la esperanza de ver aparecer á su marido. La mayor parte de nosotros sabíamos que éste había muerto pero ninguno tenía el valor de decirle que lo esperaba en vano.

«Nada tan dramático como esta triste escena en aquella más triste estancia, á las cuatro de la madrugada, cuando fué introducido el último de los deportados.

«El extraño silencio de una sala llena de gentes, el contraste entre los uniformes azules y plata de los policías con las mantas groseras y grises y los grilletes de los deportados; los murmullos sotto voce de la policía secreta, el silencio y el mutismo voluntario de los prisioneros escualidos, todo esto hubiera causado honda impresión á un espectador de ocasión. Pero para todo aquel que hubiese podido ver el tras cortina de las cosas, que hubiera podido apreciar la trágica significación de este espectáculo, adivinado bajo aquellos vestidos groseros la marea ascendente de odios, de angustias, de simpatías y de piedades, la dolorosa impresión se hubiera trocado en opresión angustiosa del corazón, atenacéandole.

«A las cinco fuimos conducidos en coches cerrados á la estación del ferrocarril de Sanpetersburgo-Moscou, haciéndonos entrar en los vagones de criminales, con fuertes barrotes de hierro en las ventanillas. Así comenzó nuestro viaje, tan largo y rico en accidentes.

«¿Cómo describir las escenas de que fui testimonio á penas nos vimos librados del espionaje de la policía? Entonces pudimos saludarnos y abrazarnos, contarnos la historia de nuestras vidas durante largos años de separación. Todos habían hecho esencialmente las mismas experiencias. Nuestras historias eran interminables epopeyas de sufrimientos morales y físicos. Hablamos y hablamos todo el día, y acaso la noche no hubiera interrumpido nuestras conversaciones si la excitación de los nervios de los más débiles no hubiese provocado así como una explosión de nuevas sensaciones y de nuevas emociones dolorosas. Para un detenido que ha pasado cuatro años en el silencio absoluto de la reclusión, el ruido formidable del tren, la vista inesperada de la naturaleza, las caras y las voces de los amigos que parecían surgir de la tumba, produjeron una intensa excitación á la que pronto sucedió una

completa postración. Por la noche uno de los compañeros tuvo un acceso repentino de histerismo y en menos de diez minutos siete hombres de nuestro vagón fueron presa del delirio ó quedaron desvanecidos en el duro suelo...

GEORGES KENNAN

Los prisioneros políticos en Rusia, pág. 212-221.

¿Por qué ha de morir el soldado ruso?

Primero, para que el czar ruso, que cobra millones de dotación al año y posee las mejores tierras de Crimea, del Cáucaso, de Siberia, del Ural, del Turkestan, pueda arrebatarse nuevas tierras en Manchuria y en Corea.

Segundo, á fin de que el gobierno del czar, que arruina por sus impuestos y prestaciones á 180 millones de hombres, encuentre á 20 millones más de *fieles súbditos*.

Tercero, para que los sacerdotes ortodoxos, que á su vez desbalijan á 50 millones de creyentes, tengan la ocasión de pedir nuevas subvenciones en vista de la conversión por la fuerza de los disidentes anexionados.

Cuarto, á fin de que la nobleza pueda obtener miles de colocaciones en la policía, la justicia, el gobierno, las aduanas, etcétera, etc.

Quinto, para que los contratistas, los fabricantes y los banqueros organicen, gracias al dinero de la corona, es decir, del pueblo, negocios ventajosos en las nuevas posesiones.

Sexto, á fin de poder dotar con nuevas tierras á los hacendados que se han comido sus bienes, y de engañar por segunda vez las esperanzas del labriego hambriento, dejándole sin tierra y sin pan.

Séptimo, para que el czar-Batiuchka en el caso de que el mismo soldado tártaro se negase á hacer fuego contra el

obrero y mujick tenga en reserva soldados ignorantes sacados de entre los nuevos súbditos manchurianos y coreanos.

Octavo, para tener preparados nuevos sitios destinados á la deportación y reclusión de obreros y campesinos que piden pan y se rebelan contra la opresión czarista capitalista, cuando no quedan espacios en la isla Sajalin, ni en Yakutsk, ni en las cárceles de Rusia.

Noveno, para enriquecer con la guerra á los tiburones voraces que merodean alrededor de todos los negocios militares.

Décimo, para recompensar al soldado ruso de las penalidades de la guerra extenuándolo con servicios prolongados, dándole alimentos podridos, robándole á cada momento, entregándole al palo y á las humillaciones de sus jefes, enviándolo por cualquier nonada á los batallones disciplinarios.

Y para que el soldado consienta sin murmurar en ir á morir en estas condiciones se le dirá que ha de hacerlo *para la patria, para la fe y para el czar batiuchka*, y para la gloria del pueblo ruso!

Arruinar á la patria es, según esto, combatir por la patria; proporcionar rentas á los popes holgazanes, es defender la fe; prodigar condecoraciones y cintajos á los generales rusos, saquear y exterminar á los pacíficos trabajadores chinos y japoneses es lo que analtecen como la gloria del pueblo ruso.

No; el soldado ruso no sirve más que al trono autocrático y á la pandilla de lacayos del czar.

El czar necesita la guerra, de la cual sacará las mayores ventajas.

Para el trono autocrático, que vive de las desdichas populares, que se aguanta sobre un montón de huesos humanos; para él solo, para su glorificación, va á morir en el Extremo Oriente el soldado ruso. — *Partido obrero social democrático ruso*.

Al pueblo

«Ciudadanos: La guerra ha estallado en países remotos, que nos son del todo extraños y casi desconocidos.

¿Quién lucha allí? Por un lado el czar de Rusia, por el otro el del Japón. ¿De qué se trata en este conflicto? ¿Cuál es su motivo, su causa? La causa está en que el czar quiere tener más países conquistados bajo su yugo; en que sus funcionarios, que tan conocidos nos son, puedan explotar y oprimir un mayor número de gentes, en que todos los capitalistas y millonarios tengan más vastos territorios en que realizar fraudes y expoliaciones.

Se hace la guerra pues, porque conviene al Czar, á los empleados y á los millonarios. Esta guerra es necesaria para ellos, y en caso de victoria les será muy provechosa.

¿Pero la hacen ellos mismos? ¿Van acaso empuñando el fusil hacia ese Oriente lejano? ¿Se hielan, por ventura, de frío, padecen hambre, ó dan su propio dinero para esta guerra?

Nada de eso. No son ellos los que se hielan, los que mueren de hambre, los que pagan un dinero ganado penosamente. Es el pueblo obrero de todo el imperio del Czar, el que carga con todo ello; somos nosotros. Nuestros hermanos, nuestros hijos, dejan á sus familias sumidas en el duelo, y perecen sobre el campo de batalla. Nosotros pagamos las contribuciones que el Czar emplea para la guerra. De todo esto no sacamos ningún provecho.

Nuestros explotadores en cambio logran gloria y triunfo; á nosotros nos dejan hambre, miseria y desprecio. ¡Y á cuántos peligros están expuestos nuestros hermanos!

Soldados van á una muerte inevitable. Para llegar á la Manchuria hay que atravesar millares de leguas de la helada Siberia.

Los primeros contingentes de tropas fueron enviados como rebaños en vagones sin calefacción, sin mantas ni ropas suficientes. Un cierto número de ellos se helaron por el camino, ó cayeron enfermos. En un tren militar fueron hallados dos vagones de cadáveres. La Manchuria, devastada durante la última expedición de China, no puede aprovisionar al ejército del czar, faltan locales para acuartelar á los soldados que andan hambrientos y fatigados, obligados á pasar las noches á la intemperie.

En una palabra, á fin de que nuestros hijos y hermanos perezcan en tierra extranjera, de hambre, de frío, por enfermedades, ó por las balas de los japoneses, que no nos han hecho ningún daño, se nos obliga á dar nuestro último óbolo, bajo la forma de contribuciones recargadas y de suscripciones voluntarias arrancadas con amenazas y en presencia de los gendarmes. Y no es esto todo. Todavía se nos obliga á hacer rogativas en las iglesias, por el triunfo de los planes sanguinarios del czar y de sus acólitos.

He aquí, ciudadanos, lo que significa la guerra para nosotros; he aquí el destino que nos tiene preparado el czar, empeñado en pasar por nuestro bienhechor y nuestro padre. Pero, bien saben él y sus servidores, que el pueblo no es ya un rebaño de carneros á los que puedan esquililar, á su capricho, y enviarlos al degolladero.

Ya saben que, aun entre los esclavos más sumisos hasta ahora, empieza á despertarse el espíritu revolucionario, el deseo ferviente de arrojar el yugo, de romper el grillete con que el tzar nos aherroja.

El tirano y su Gobierno tiemblan al pensar que un enemigo interior pueda aprovecharse de sus preocupaciones durante la guerra é intente romper sus cadenas. Aterrado ante la previsión de verse inesperadamente atacado por aquellos á quienes durante tanto tiempo ha sacri-

ficado, refuerza la policía. Inmediatamente después de la ruptura de hostilidades se consignó un millón 500,000 rublos para el aumento de la cuadrilla de espías y gendarmes.

¡Ciudadanos! Nosotros somos el enemigo interior, nosotros los representantes del pueblo obrero de Polonia, de Lituania de Rusia-Blanca y de Lethoria. Nuestras regiones son las más explotadas por los funcionarios del czar y las más oprimidas por su régimen. El gobierno no se ocupa nunca de nuestros intereses ni de nuestras necesidades; estamos destinados al exterminio. Se atenta contra todo lo que nos queda; el idioma, la religión, las costumbres; pagamos las mayores contribuciones; nuestros hermanos son enviados a los lugares más peligrosos, a las posiciones más difíciles, alejados de sus familias y de su patria.

Nosotros seremos las primeras víctimas de la guerra, porque el gobierno nos teme.

¡Ciudadanos! El gobierno está obligado a levantar todas sus tropas para dirigir las al Oriente.

La derrota no significa tan solamente

para el gobierno la pérdida del territorio anexionado, sino la desaparición completa de su influencia y de su poder en su propio país; es el comienzo de la abolición y tal vez la destrucción total del despotismo de los czares. Nosotros deseamos que esta guerra, en interés del pueblo ruso, termine con la victoria del Japón, y con la derrota del czar.

Para asegurar esta derrota, debemos trabajar en la instrucción política del pueblo; debemos redoblar nuestros esfuerzos, para que haya entre nosotros el menor número posible de corderos y el mayor número de hombres dispuestos a luchar por nuestro derecho. Nos hace falta, ahora que el Gobierno está ocupado en la guerra, multiplicar el número de enemigos interiores para acrecentar las zozobras del Czar.

Adelante, pues, ciudadanos; unámonos todos en un grande ejército para esta guerra sin cuartel contra los opresores y los explotadores.

Partido socialista polaco. — Partido social-democrático Lituano. — Partido revolucionario Cielo-Ruso. — La democracia-social Cettona.

Varsovia, Imprenta del Robotnik, Marzo 1904.

Confesión de déspota

La Academia de Lyon propuso para el curso del año 1790 el siguiente tema:

Determinar las verdades y los sentimientos que más importa inculcar a los hombres para su felicidad.

Del discurso de uno de los candidatos extraigo los siguientes pasajes:

«El hombre ha nacido para ser feliz. La naturaleza, madre ilustrada, le dotó de todos los órganos necesarios al objeto de que fué creado. La felicidad, pues, no es más que el placer de la vida más con-

forme a su organización». — «Nuestra organización animal tiene necesidades indispensables: comer, dormir, engendrar... Un alimento, una cabaña, vestidos, una mujer, son, por tanto, de estricta necesidad para ser felices. Nuestra organización intelectual tiene apetitos no menos imperiosos y cuya satisfacción es mucho más preciosa. En su completo desarrollo consiste verdaderamente la felicidad». — «El hombre, al nacer, trae consigo derechos sobre la parte de fru-

Carlos Ténib

tos de la tierra necesarios á su existencia». — «Da una mirada entorno suyo y vé la tierra, repartida entre pocas manos, que sirve de alimento al lujo y á la superfluidad; entonces se pregunta cuáles son los títulos de sus poseedores; ¿por qué lo es todo el ocioso y nada el que trabaja?» — «Corre á casa del ministro depositario de su confianza, le expone sus dudas... Hombre, le responde el sacerdote, no reflexiones jamás sobre la existencia de la sociedad... Dios lo dirige todo... Abandónate en manos de la Providencia... Esta vida no es más que un viaje. Los decretos de la justicia divina no se escrutan... Cree, obedece, no razones nunca y trabaja: he aquí tus deberes». Una alma digna, un corazón sensible, una razón natural, no pueden quedar satisfechos con semejante respuesta. Entonces va con sus dudas é inquietudes

á otra parte. Llega á casa del más sabio del país, un abogado... «Hombre sabio, le dice, se han repartido los bienes de la comarca y nada me han dado». El hombre sabio se ríe de su simplicidad, le conduce á su despacho, ya en él, de acta en acta, de contrato en contrato, de testamento en testamento, le prueba la legitimidad de los repartos de que se queja. «¡Cómo! ¿éstos son los títulos de estos señores? grita indignado. Los míos son más sagrados, más indiscutibles, más universales; se renuevan con mi respiración, circulan con mi sangre, están escritos sobre mis nervios, en mi corazón; es la necesidad de mi existencia, y, sobre todo, de mi felicidad».

El discurso está firmado: NAPOLEONE DI BUONAPARTE. El gran bandido corso tenía entonces veintidos años.

Letras de todas partes

Mi rebeldía, por Ricardo Burguete, editado por Fernando Fé, de Madrid.

La *rebeldía* de Burguete es la de un género de militarismo contra otro género de militarismo. El problema no nos interesa. De frente á la guerra, á la moderna ó á la antigua, están los derechos de la humanidad, derecho á la vida, al pan, á la paz, al amor. Poco importa que el autor diga cosas muy buenas del capitalismo y revele horrores de la matanza. Permanece fiel al honor militar, canta las *bellesas* de la guerra y trata á los hombres peor que el jugador de ajedrez á los peones con que libra la batalla de la astucia y del amor propio sobre las cuadrículas del tablero. Burguete es un rezagado cuyo cerebro quiere vivir en lo futuro... pero son todavía muy fuertes las ligaduras del viejo soldado.

El defensor de su honra, melodrama en tres actos y siete cuadros en prosa, original de Juan de Roba.

A pesar del grandioso éxito obtenido en Barcelona, según reza la portada de este folleto, no nos entusiasma ni el asunto ni su desarrollo.

Pasemos por alto la falta de corrección del lenguaje. El tema es vulgar y gastado. Su desarrollo demasiado rápido. Sucédense las escenas con falta de lógica y de justificación para llegar cuanto antes á la trágica muerte del padre burgués por el hijo obrero.

Por malos que sean los burgueses y desdichados los obreros, no hay necesidad de forzar el consonante para producir efectos teatrales. Un poco de naturalidad y de realidad sienta muy bien así en el libro como en el teatro.

No podemos aplaudir todo lo que lleva etiqueta obrera.

Crónicas del Bulevar, por Manuel Ugarte, prólogo de Ruben Dario.—Garnier Hermanos, editores, Rue des Saints Péres, 6.—París.

Las crónicas que componen este libro son demasiado para crónicas y poco para libro. Participan de la impresión fugaz del momento y de la reflexión fruto del estudio sin llegar á ser enteramente lo uno ó lo otro. Ugarte es un espíritu abierto á las ideas nuevas que suele quedarse estancado en las viejas. Se siente, leyendo sus crónicas, el tirón de dos tendencias en lucha.

Muy bien escritas, á pesar de algunos americanismos impropios de un autor que vive del lado de acá del Atlántico, se leen muy á gusto las crónicas de Ugarte.

Combat pour l'individu, por Georges Palante. Félix Alcan, editor; Boulevard Saint Germain, 108. París.

Es este libro la obra de un individualista que desenvuelve principios expuestos por Spencer, ampliándolos en sentido antisocial.

Conformes con el fondo de su crítica del espíritu de cuerpo, de clase, de grupo, de campanario, etc., no podemos arribar al exclusivismo del individuo absoluto, desligado de todo espíritu de solidaridad.

Parécenos que todas estas tendencias individualistas tan seductoras como filosofía de libro, de biblioteca ó de academia, carecen de realidad viviente y que sus autores no ven más que un lado del problema humano. Toda la independencia individual posible no será nada fuera de la solidaridad para el mejor y más pleno desenvolvimiento de la individualidad misma.

Tales tendencias tienen justificación, no obstante, en el peso aplastante de las diversas coacciones á que vive sometido el individuo actualmente. Pero la rebeldía, que aplaudimos muy de corazón, no ha de llevarnos al olvido de aquellas condiciones mediante las cuales la libertad será alguna vez un hecho para todos los hombres.

A las mujeres, conferencia leída en el Centro Obrero de Sabadell y en el Centro Fraternal de Cultura de Barcelona, por su autor José Prat.

«La Juventud libertaria» ha tenido el buen acierto de editar en folleto esta conferencia de nuestro querido amigo Prat.

Lo que por el título pudiera parecer una alocución, es detenido estudio de las condiciones de la vida familiar y social de la mujer en todos los tiempos. Con la vehemencia y la sinceridad que le caracterizan desenvuelve Prat la tesis de la emancipación de la mujer, no reducida á la cantilena feminista de nuestros días. La emancipación que proclama y justifica es la emancipación plena, real y efectiva, la emancipación social y familiar y la económica; emancipación total á la par de la obrera que parece á veces demasiado exclusiva y olvidada de la esclava de un esclavo, como muy gráficamente se designa á la mujer.

Pepe Prat ha hecho un buen trabajo de exposición, de convicción y de propaganda. La mujer, aún que

sea la mujer proletaria, está todavía con el pasado. Es menester traerla á las filas donde se lucha por el mañana. Ni su emancipación ni la nuestra serán posibles sin su concurso. Buen campo de acción para los jóvenes de alientos y espíritu revolucionario.

Los Archivos de *psiquiatría y criminología* que en Buenos Aires dirige el Dr. José Ingegnieros, es una publicación bimestral dedicada al estudio científico de los hombres anormales, especialmente del hombre criminal y alienado, así como de las condiciones del medio físico y social que sobre él actúan. El estudio de los anormales: el homicida, el genio, el mentiroso, el pederasta, el filántropo, el avaro, el alienado, el ladrón, el apóstol, el sectario, el enamorado, el vagabundo, la prostituta, constituye el objeto de esta excelente publicación.

En el número que tenemos á la vista hállase entre otros trabajos, un *Estudio sobre el suicidio en Buenos Aires: influencia de la edad y del medio*, de Fermín Rodríguez, que constituye una excelente pincelada de un aspecto social de la vida bonaerense y otro de Ingegnieros sobre las *Obsesiones e ideas fijas*, verdaderamente interesante é instructivo. La Redacción de dicha revista es: calle Cuyo 1131.

Recibido:

De la biblioteca «Orientación sociológica»,—Barcelona, Consejo de Ciento 382—*El Botón de Fuego*, por José López Montenegro.

Kultur, revista internacional de filosofía, sociología y literatura, de Río Janeiro; *L'Espagne Inquisitoriale*, órgano bimensual de la indignación internacional contra la tiranía española, de París (42, rue de la Roquette); *La Devantera*, de Barcelona; *Luz y Unión*, órgano oficial de la «Unión Espiritista Kardeciana española», de Barcelona; *El Trabajo*, de Sevilla; *Universitat Catalana*, revista mensual órgano de las entidades escolares y docentes catalanas, de Barcelona; *Martin Fierro*, revista popular ilustrada de crítica y arte, de Buenos Aires.

De todas las obras que se reciban en la dirección de NATURA se hará la correspondiente crítica.

Di tutti i libri e opuscoli che saranno spediti alla direzione di NATURA se ne farà il giudizio critico.

La direction de NATURA fera la critique de toutes les œuvres qui lui seront envoyées.

NATURA will do a critical examination of all receipt books, pamphlets and reviews.

Imprenta Moderna de GUINART Y PUJOLAR.—Cortes, 645 (chafán Bruch).—BARCELONA